

LECCION XXXIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.
(SIGLO X).

La Iglesia consolada: reparacion y expiacion de los escándalos (continuacion); san Gerardo, abad de Brogne en Bélgica; san Odon, san Dunstan, arzobispo de Cantorbery; santa Matilde, santa Adelaida.— La Iglesia propagada y consolada; conversion de los polacos y los vascos; san Pablo de Latre.

La fama de Cluny se extendia por todas partes: su edificante regularidad atrajo pronto á esta casa gran número de personas ilustres por su cuna y dignidad, acudiendo no solamente sujetos legos de la clase mas distinguida, sino obispos que dejaban sus iglesias para abrazar allí la vida monástica. Los magnates, condes y duques se apresuraban á sujetar sus monasterios al de Cluny para hacer extensiva á los mismos su reforma. Así el abad Odon, no reducido ya á su comunidad, pudo trabajar con infatigable celo en restablecer la disciplina por toda la Francia y hasta por la Italia, á donde le llamó el Sumo Pontífice; y si bien tan gloriosa mision le costó inmensos trabajos, pudo consolarle el feliz éxito que obtuvo: en efecto, nunca mejor que en esta ocasion se vió cuánta gloria puede granjear á Dios el celo de un hombre solo, si le sostiene la santidad y le conduce la prudencia.

Otros grandes varones fueron suscitados por el Señor para contrarestar el escándalo y cooperar en la grande obra de la reforma. De este número fué san Gerardo, abad de Brogne en Bélgica. Gerardo era un jóven caballero ocupado en el ejercicio de las armas desde su infancia: una índole apacibilísima, una pureza de costumbres angelical, realizada por su elegante finura, por su afabilidad y amor á los pobres, le hacian el adorno de la corte del conde de Namur, entonces una de las mas brillantes de la cristiandad; y Dios premió las virtudes de su jóven servidor por medio de las gracias mas exquisitas. Un dia que volvia de caza con su señor, separándose de la comitiva fué á encerrarse en la capilla de Brogne, propia de su familia, donde estuvo mucho tiempo postrado delante de Dios,

y halló tanto consuelo en este santo ejercicio, que solo muy á su pesar lo dejó. — ¡ Dichosos, decia, los que no tienen otro empleo que alabar al Señor noche y dia, y vivir siempre en su divina presencia para consagrarle sin tregua su corazon!

La gracia terminó en breve lo que tan felizmente habia comenzado. Gerardo pasó á París, y como dejase tambien á sus criados para visitar la abadía de San Dionisio, parecióle tan bien y edificóle de tal modo el fervor de aquellos religiosos, que solicitó entrar en su compañía; pero como semejante resolucion no podia llevarla á cabo sin permiso de su señor y soberano, regresó á Namur, y solo despues de muchas dificultades logró conseguir lo que deseaba.

Novicio lleno de fervor y humildad, nuestro doncel fué promovido al sacerdocio despues de diez años de prueba. Desde luego el abad de San Dionisio envióle á fundar una abadía en su señorío de Brogne, y obedeciendo, pronto el nuevo monasterio fué una segunda Cluny. Tal era la reputacion que gozaba el fundador, que obtuvo la inspeccion general de las abadías de Flandes, donde restableció con exactitud la disciplina, y aun su celo se extendió á la Champaña, la Lorena y la Picardía, cuyos monasterios, al igual de los flamencos, le reconocian por su segundo patriarca, atribuyendo á él la disciplina que tan célebres los hizo. Agobiado de trabajos, el santo reformista se encerró en su celda para acabar su vida y prepararse á la muerte, que le avino el dia 3 de octubre del año 959.

Dos hombres bastaron para que refloriera la virtud en todos los monasterios de Francia y Bélgica; pero la Providencia colocó aun á san Odon en la primera silla de Inglaterra para obrar el mismo milagro y reparar la disciplina en este reino. Apenas instalado en Cantorbery, dedicóse á formular sabios reglamentos para la instruccion del clero, de la grandeza y del pueblo con el apoyo del rey Eduardo, que secundó sus santas miras y dictó leyes propias para restablecer el buen orden. Así logró reformar infinitos abusos; y como su celo iba acompañado de una suavidad la mas perfecta, toda Inglaterra le designaba con el dictado de *Odon el Bueno*.

Esta obra, tan felizmente incoada, fué llevada á término por san Dunstan, sucesor de Odon. El nuevo y grande Santo que aparece en escena habíase preparado en el retiro para el desempeño de los graves deberes que la Providencia queria imponerle: tras de brillantes estudios, en el rincon de su celdilla juntaba al ayuno y la

oracion el trabajo de sus manos, consistente en fabricar cruces, vasos, incensarios y otros objetos destinados al culto divino, y tambien en iluminar y copiar libros. De allí fué sacado para ocupar la silla de Cantorbery, á cuyo cargo el Sumo Pontifice agregó la legacia de toda la Inglaterra; y como una de sus principales atribuciones en esta calidad era visitar las provincias, recorriólas de contado instruyendo á los fieles en las reglas de la doctrina cristiana, é incitándoles á la práctica de la virtud por medio de enérgicas y animadas exhortaciones. Su celo le inducia en especial á reformar los monasterios y el clero; y otra de las cosas que procuraba con mas entereza era corregir á los legos que violaban la disciplina eclesiástica. En tal materia no habia consideracion ni empeño capaz de hacerle cejar, y en prueba óigase este caso:

Incurrió el Rey en un gran pecado: nuestro Arzobispo apenas lo supo, fué á la corte, y presentándose á su soberano, cual otro Nathan, le dijo con no menos deferente resolucion: Señor, tú has ofendido á Dios. El Rey, poseido de saludables remordimientos, confesó ser culpable, y mostrando en sus lágrimas su pesadumbre, pidió le diese una penitencia proporcionada á su delito. El Santo le impuso la de no ceñir corona, ayunar dos veces á la semana y hacer copiosas limosnas, todo durante siete años, con obligacion además de fundar un monasterio para que algunas vírgenes pudiesen consagrarse á Jesucristo. El Rey cumplió puntualmente estos mandatos, y finidos los siete años el mismo Santo le puso la corona en la cabeza, en una solemne asamblea de obispos y magnates.

Infatigable cuanto celoso, á pesar de sus años hacia á menudo personalmente la visita de las varias iglesias del reino, y en todas predicaba é instruía á los fieles, cortaba disensiones, refutaba errores, extirpaba vicios y corregia abusos. De regreso á Cantorbery púsose malo, y redoblando su fervor preparóse para el último trance: Llegado el día de la Ascension, predicó tres veces sobre este misterio para exhortar á los cristianos á elevarse al cielo con su divino Jefe en espíritu y por la vehemencia de sus deseos: mientras hablaba, su rostro parecia circundado de una auréola de gloria, y al terminar el último sermón, se encomendó á las oraciones de sus oyentes, manifestando á aquella grey tan estimada que pronto iba á separarse de ella; palabras que arrancaron lágrimas á todos. Hacia el mediodía pasó otra vez al templo, y sin inmutarse designó el lugar donde que-

ria ser enterrado; despues se metió en cama, recibió los santos Sacramentos, y el sábado inmediato pasó de esta vida á la inmortalidad gloriosa, siendo el día 19 de mayo del año 988 ¹.

Al paso que la virtud florecia en los monasterios de Francia, Bélgica é Inglaterra, merced al celo de los Santos que acabamos de enunciar, complaciase Dios en restablecerla donde parece que está menos de asiento: las cortes de los reyes, muchas veces asilo del vicio se convirtieron entonces en santuarios de la inocencia, y el demonio del libertinaje, desalojado de todas sus posiciones, hubo de reconocer, mal que le pesara, el poder divino que milita contra él, y que nos fuerza á nosotros á admirar aquella asombrosa providencia que por extrañas vias y en las circunstancias al parecer mas criticas asegura á la Iglesia un triunfo infalible. En esta época vemos á un san Wenceslao duque de Bohemia, á un san Eduardo soberano de Inglaterra, á una santa Matilde reina de Germania, y á una santa Adelaida emperatriz, reformar con su ejemplo no solo las cortes donde respectivamente brillaban, sino los pueblos sujetos á su jurisdiccion.

Matilde era hija del conde Thierry, poderoso magnate sajón. Sus padres, como muy religiosos, la hicieron educar al arrimo de su abuela, abadesa de un monasterio, bajo cuyas santas inspiraciones se apasionó por la oracion y la leccion de libros devotos, y con todo y ser princesa aprendió las labores propias de su sexo, contrayendo de este modo paulatinamente la costumbre de emplear bien el tiempo en ocupaciones serias y dignas de una criatura dotada de razon. Llegado el tiempo de volver al mundo, á donde la Providencia la llamaba, fué dada en esposa á Enrique rey de Germania; y mientras su real consorte sometia á los enemigos del Estado, Matilde ganaba victorias contra los enemigos de su salud, apelando á la oracion y la meditacion para mantenerse en el fervor y la humildad. Las serias reflexiones que hacia acerca las verdades eternas ponian su alma á cubierto de los ataques del orgullo, que nos acecha siempre bajo las seductoras apariencias de las grandezas terrenas; visitaba con frecuencia á los pobres enfermos y alligidos dándoles consuelos y exhortándoles á conformarse; humilde esclava de los menesterosos, serviales amablemente con sus propias manos, y enseñábales á querer un estado que Jesucristo escogió para sí; á los presos procurá-

¹ Godescard, t. VI y VIII.

bales la libertad, y si acaso los fueros de la justicia se oponian á su soltura, aligeraba el peso de sus cadenas repartiéndoles abundantes limosnas, y proponiéndose singularmente inducir á aquellos infelices á purgar sus delitos con lágrimas de sincera penitencia. La mas halagüeña recompensa de sus buenas obras y preces fué ver que el Rey su esposo seguia las vias de la virtud y se apresuraba á secundar la ejecucion de sus desvelos piadosos.

Un accidente apoplético puso en peligro la vida de Enrique. Su santa compañera, poseida de justo recelo, iba sin cesar á la iglesia á implorar de Dios su curacion; pero cuando los clamores del pueblo le persuadieron que el término fatal habia llegado, conformóse resignadamente á los decretos del Altísimo, y ofreciendo sacrificios para descanso del alma del virtuoso finado, entregó en seguida á un sacerdote las joyas que llevaba, dando con ello á entender que renunciaba para siempre á las pompas y vanidades del mundo.

Otras pruebas le aguardaban sin embargo: una predileccion asaz marcada al menor de sus hijos, Enrique, excitó los celos de Oton, el mayor, y culpable Matilde de la misma falta que Jacob, la expió con la propia resignacion que aquel santo Patriarca; pero al fin la consoló Dios, pues avergonzándose los dos hermanos de la fealdad de su proceder, se reconciliaron sinceramente y restituyeron á su madre los bienes que le habian arrebatado.

Recobrados sus haberes, invirtióslos en limosnas con mas ahinco que nunca; fundó varios monasterios, entre otros uno de religiosas, al cual se retiraba á temporadas para disfrutar las dulzuras de la soledad, y todo el resto de su vida lo empleó en prácticas de piedad y en obras de misericordia. Bello era ver á esta Princesa, viuda de un rey y madre de un emperador, complacerse en enseñar á los pobres é ignorantes el modo de rezar bien, segun habia hecho ya con sus criados, hasta que colmada de dias y de merecimientos vió tranquilamente acercarse su última hora. Despues de hacer pública confesion de sus pecados, recibió los sacramentos de la Eucaristía y Extremauncion, y habiéndose hecho acostar sobre un cilicio, cubierta la cabeza de ceniza, espiró el dia 14 de marzo de 968. Oration, meditacion y trabajos sérios salvaron la virtud de Matilde del halago de los objetos exteriores, cuya seduccion nunca es mas peligrosa que en el gran mundo y sobre todo en medio del fausto de las cortes. ¿Qué opondrán á este ejemplo tantos cristianos y cristianas

que piensa haber nacido únicamente para el placer, y cuya existencia gira en un círculo perenne de lecturas profanas, livianas conversaciones y visitas insustanciales?

La otra princesa que difundió en su siglo una luz tan pura y consoló con su virtud á la Iglesia contribuyendo á la reforma de las costumbres, fué la emperatriz Adelaida. Hija este ángel de la tierra de Rodulfo II rey de Borgoña, contaba apenas seis años cuando perdió á su padre: llegada á los diez y seis, casáronla con Lotario, rey de Italia, haciéndole ocupar un trono que fué para ella manantial fecundo de sinsabores; pero esas mismas pruebas que Dios le enviaba le sirvieron para desprenderse del mundo y afirmarse en las prácticas de piedad que tan caras le habian sido desde su mas tierna edad.

Viuda á veinte y ocho años, vió arrebatarle la corona por un conspirador, de cuyas resultas, conducida á Pavía, fué puesta en estrecha prision, sufriendo allí los mas indignos ultrajes; pero logró fugarse, y corrió á buscar asilo en Alemania. El emperador, que lo era á la sazón Oton I, tomó su defensa, la restableció en el trono de Italia, y acabó por enlazarse con ella.

Hecha de prisionera emperatriz, no por esto se envaneció con su prosperidad, antes el poder y las riquezas solo le sirvieron para hacer bien á los hombres y en particular á los necesitados. Habiendo enviudado segunda vez, tras once años de matrimonio, consagró sus desvelos á la educacion de su hijo Oton II, cuyo reinado fué venturoso mientras se dejó guiar de los consejos de su buena madre; pero habiendo por desgracia prestado oidos á la lisonja, echó en olvido cuanto le debia, y hasta se propasó á desterrarla de la corte. Lloró Adelaida los extravíos de su hijo, y, cual otra Mónica, sus lamentos fueron atendidos: la desgracia abrió los ojos á Oton; habiendo llamado á su madre, mostróse dócil á sus indicaciones, y reformó los abusos que en el gobierno se introdujeran.

Fallecido este Principe, cuyo reinado fué de corta duracion, Adelaida se vió puesta en nuevos compromisos; su nuera la trataba de la manera mas insolente. Sufrió con paciencia y sin quejarse esta nueva amargura, y bien pronto una muerte repentina arrebató á su enemiga, dejándole el espinoso encargo de la regencia del reino durante la menor edad del nieto. Entonces se vió mejor que nunca hasta dónde llevaba el desprecio del mundo y de sí misma; ese poder, de que nuevamente se veia revestida, se le convertia en carga pe-

sada, y léjos de proporcionarle regalos, solo le sirvió para abrumarla, en su afán incansable de atender á todos los negocios. Otros se hubieran vengado de los autores de sus pasados quebrantos, pero ella, al contrario, aprovechaba todas las ocasiones de favorecerles. De otra parte, la administracion de los asuntos públicos no le impedía dedicarse á sus acostumbrados ejercicios de piedad y mortificacion.

Tan piadosa bajo la púrpura imperial como bajo el sayal monástico, tenia prefijadas varias horas para rezar en su oratorio, y llorar sobre los pecados del pueblo que no le era dado remediar; y si alguna vez tenia que mostrarse severa, templaba el rigor con la blandura, sintiendo en su corazon la pena y congoja que causaba á los demás. Este proceder la hacia amar de todos, y todos con su ejemplo se inclinaban á la virtud: su casa ofrecia la regularidad edificante de un monasterio. Vigilante allende los límites de su imperio, enviaba piadosos misioneros á las regiones del Norte, para que sembraran la fe entre unos pueblos aun incivilizados y descreyentes; y por fin ardiendo en caridad, á pesar de ser muchos sus años, emprendió un largo viaje al solo fin de reconciliar á su sobrino el rey Rodolfo con sus vasallos; pero antes de llegar á Borgoña la sorprendió la muerte, en el año 999.

En esto, nuestro Señor, que de tal manera curaba las llagas causadas á la Iglesia por el escándalo, proporcionaba á ésta nueva ocasion de alborozo con la conversion de varios pueblos aun no agregados á su seno. Realizó, en efecto, la Religion en esta época una de sus conquistas mas hermosas. La nacion polaca, que por tantos siglos fué despues el baluarte de la cristiandad contra los turcos, abrazó la fe, y su conversion se debe en gran parte á la princesa Dubrava, esposa del Duque de Polonia, que granjeándose el afecto de su marido le indujo á bautizarse, y con él á los mas de sus vasallos.

Además de los infieles del Norte agremiados á la Iglesia por la santidad de santa Adelaída, otra nacion en el Mediodía de Europa ingresaba en el sagrado aprisco á la voz de san Leon obispo de Bayona. Los vascos eran una seccion de los cántabros, que desalojados de su patria se habian establecido en los montes de Vizcaya y en los páramos del país de Labor hasta Bayona; y si bien la luz de la fe resplandeciera en esta region desde los primeros siglos del Cristianismo, las agresiones y atropellos de los árabes la habian extinguido casi del todo. Leon, natural de la Baja Normandía, recibió del Papa

el encargo de catequizar á los vascos, á cuyo efecto se trasladó á Bayona en compañía de dos hermanos suyos, y dando á conocer á Jesucristo en esta ciudad, fundó una iglesia bajo la advocacion de la Virgen santísima, y continuó sus tareas evangélicas haciendo florecer la Religion en el país de Labor, en los Landes, mas allá de Burdeos, en Vizcaya y en Navarra. Tantos merecimientos eran dignos de gloriosa recompensa; pero la mejor que un misionero católico puede ambicionar es la palma del martirio, la cual recibió nuestro Santo, junto con sus dignos colegas, de mano de unos bárbaros piratas.

En Oriente, un nuevo Antonio expiaba en el desierto los escándalos que la Iglesia procuraba extirpar: así vemos que al lado del crimen hay siempre aparejada una víctima expiatoria, y sin separarnos de este mismo siglo x, muchas son las que podríamos citar no solo en Oriente sino en Occidente, desde el trono de los reyes hasta las condiciones mas humildes. Era este santo solitario Pablo de Latre, en quien se vieron reproducir todas las austeridades de los primeros anacoretas: retirado desde jóven al desierto, tomó el hábito monástico en el monte Olimpo, desde donde pasó al de Latre, que le dió su nombre. Allí oraba sin tregua, pues el mundo se hallaba entonces en gran necesidad; sin acostarse nunca para dormir, arriábase á lo mas á un árbol ó á una roca; nadie le oyó palabra ociosa, y encerrado en una gruta, pasó muchas semanas sin otro alimento que bellotas verdes, lo cual llegó á ocasionarle vómitos de sangre. Sufrió grandes tentaciones por espacio de tres años, pero venciólas, como san Antonio, por el fervor y ahinco de sus preces.

Un aldeano, que habia descubierto su retiro, le llevaba de vez en cuando escasas vituallas, pero regularmente vivia de las yerbas silvestres que crecian en el monte. Necesitando agua para beber, Dios hizo brotar junto á su cueva un manantial, que ya no volvió á secarse.

Célebre su nombre, algunos sujetos piadosos acudieron para vivir bajo su régimen, con cuya ayuda formó una laura cerca de su caverna; y si bien no tomaba cuidado alguno por su cuerpo, proveyó abundantemente á las necesidades de sus discípulos para quitarles todo pretexto de relajacion. Así transcurrieron doce años; pero como cada dia le importunasen mas las visitas, huyó en secreto de su retiro, yendo á esconderse en lo mas áspero del monte, sin per-

juicio de bajar de vez en cuando á la laura para confortar á sus hermanos.

La fama de este gran siervo de Dios no tardó en extenderse por todo el orbe cristiano: el emperador Constantino Porfirogeneta le escribía á menudo consultándole sobre asuntos de importancia, y siempre se arrepintió de no haber seguido sus consejos. Otros reyes, papas y obispos le escribieron igualmente; mas él, siempre modesto y humilde, se consideraba el ínfimo de los hombres y el servidor de todos. Para con los pobres era tal su afecto, que les daba cuanto tenia, incluso su alimento y sus vestidos, y una vez llegó á quererse vender como esclavo para favorecer á algunos necesitados. Sintiendo acercarse su hora postrera, dictó reglas para los religiosos á quienes dirigia; luego, dejando su celda, pasó á la laura rogando que celebraran la misa mas pronto de lo acostumbrado; en seguida se acostó, y habiéndole entrado calentura, aguardó la muerte con aquella calma que inspira una vida santa, y hasta el postrer aliento ese grande expiador de los pecados de su siglo no cesó de orar y de estimular á sus discípulos á la penitencia, yendo por fin el dia 15 de diciembre del año 956 á recibir en el cielo el premio de sus heroicas virtudes.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber situado la virtud lo mismo en el trono de los reyes que en la choza de los pobres, dándonos con ello á entender que ningún estado es óbice para ganar el cielo; hacednos la gracia de que vivamos como buenos cristianos en nuestra respectiva posicion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *procuraré desempeñar cristianamente mis obligaciones.*

LECCION XXXV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO IX).

La Iglesia consolada: reparacion del escándalo en las Órdenes monásticas de Alemania; san Brunon, arzobispo de Colonia; san Guillermo, abad de Hirsau. — Reparacion del escándalo generalmente en todo el orden eclesiástico: san Pedro Damian, san Gregorio VII.

Una de las grandes plagas de la Iglesia en el siglo x, la relajacion escandalosa del orden monástico, quedaba ya curada en Francia, en Inglaterra y en la mayor parte de Europa; faltaba solo la Alemania, que por cierto no necesitaba menos de correctivo, y al intento Dios suscitó dos grandes Santos para que restauraran la virtud en los monasterios y entre el clero de aquellas dilatadas provincias.

Fué el primero san Brunon, arzobispo de Maguncia y hermano del emperador Oton: desde su infancia dió muestras de lo que habia de ser con el tiempo, pues las menores irreverencias en el servicio de Dios inflamaban su celo, y un dia durante la misa, viendo á su hermano el príncipe Enrique que hablaba con Conrado duque de Lorena, les amenazó con la ira del cielo. Concluidos con brillantez sus estudios en Utrecht, volvió á la corte, en la cual solo halló estímulos para la piedad, siendo una escuela de virtudes reales y cristianas. Por un lado santa Matilde, madre del Emperador, por otro el mismo Oton y su esposa Adelaida, eran, segun la regularidad de su conducta, modelos elocuentes de religion y de piedad para los cortesanos que les rodeaban; por cuyo medio Dios, á medida que el escándalo acrecia, proporcionaba á la Iglesia notables ejemplos de virtud, que fueron su consuelo en tan amarga coyuntura. Brunon, promovido al arzobispado de Colonia, consagróse con desvelo al restablecimiento de la buena semilla en Alemania, prevaleiéndose de su autoridad para erigir piadosos establecimientos, proteger á los débiles, asistir á los pobres, espantar á los malos y alentar á